

contrario, los resultados bonancibles de actuaciones inconsecuentes no abonan grados de coherencia ni deliberación y semejan el producto de la casualidad.

En resumen, para soslayar esta especie de aritmética de las palabras, lo mismo se puede hablar del «fin de la consecuencia» en oposición a su principio de inflexibilidad como hablar de que no hay más consecuencia que la *producida finalmente*, sea cual fuere su matiz y su grado de conveniencia. Dicho con otras palabras y asumiendo verdaderamente el relativismo de la cuestión, el resultado de un comportamiento inconsecuente no deja nunca de seguir siendo una consecuencia, otra, la consecuencia.

Y este podría ser el caso, por ejemplo, de Krushev cuando en 1962 se declaró en retirada con sus cohetes, una «alegría de la inconsecuencia», pero no sabemos, de haber sido el dirigente soviético consecuente, qué habría pasado, si la actitud en apariencia consecuente —persistir en el empeño de los cohetes— hubiera provocado la consecuencia o inconsecuencia de Kennedy o si la aparente inconsecuencia de Krushev fue en realidad su manera o su *tipo de ser consecuente*. Cuestiones de vaporosidad total que, desde la perspectiva adoptada por Enzensberger, no pueden dar pie a la formulación de una teoría, ni siquiera de una máxima, si bien al escritor alemán hay que agradecerle su tono desenfadado.

Igual ocurre en mayor o menor proporción con las restantes ejemplificaciones. El capitalismo consecuente da lugar a dictaduras fascistas. Entonces —se quiere decir— el capitalismo no consecuente, el capitalismo inconsecuente, da lugar a un sistema de gobierno distinto al de la dictadura fascista, que muy bien puede ser la democracia y una economía mixta, pero con igual propiedad se podría decir que el capitalismo en su fase más inteligente posible lleva a la *consecuencia* democrática y a la economía mixta. Sea cual fuere el resultado, ineludible, bueno, malo, conveniente o catastrófico, siempre resultado, siempre en curso dinámico de resultar luego otra cosa, no responde claramente a la coordenada del comportamiento consecuente/inconsecuente porque no es posible eliminar el diluido compuesto del azar, de las causas y efectos secretos, aventurero y de correspondencias asistemáticas o no bien controladas por las exégesis posteriores.

La lucha política consecuente conduce al terrorismo (hay que sobrentender que se trata de terrorismo de los grupos disidentes y no de otros supuestos terrorismos, por ejemplo, el terrorismo de Estado). Esta es una verdad terrible difícil de desmontar, a no ser que el terrorismo responda a razones menos puras que las de la lucha política nacionalista y sea estimulado por otras organizaciones que encuentren beneficio en la desestabilización.

La consecución coherente desemboca, como vemos, en terrorismo, agricultura paleolítica, campo de concentración, destrucción de la biosfera y guerra atómica (desembocaría, queremos decir). Como la mayoría de estos males, salvo la agricultura paleolítica y la guerra atómica, ya son reales y pocos países se han librado del terrorismo y de la degradación ecológica, querría esto otro decir que el desarrollo de la humanidad ha sido consecuente y que lo consecuente es involutivo.

Pero al mismo tiempo hay consecuencias bondadosas y progresistas, según ocurre en general con el desarrollo de la ciencia y de la técnica. La medicina consecuente desemboca, por ejemplo, en la penicilina, en la longevidad. La microelectrónica

consecuente perfecciona los métodos de trabajo y el dominio de la realidad. La obediencia consecuente de las leyes permitiría un mundo mejor donde la teoría se acercara a la práctica. El desarrollo consecuente de la tecnología origina sobra de mano de obra y afecta de mala manera al desarrollo consecuente de otras disciplinas.

De modo que igual se puede probar que hay consecuencias buenas y malas e inconsecuencias buenas y malas. No hay sistematismo y, si lo hubiera, nada sería más fácil y admitido que hacer pública fe de inconsecuencia y no pagar las pensiones de los trabajadores jubilados ni respetar nunca las leyes (¿para qué el esfuerzo inútil de legislar?) ni consentir en querer consecuentemente a los hijos, ni crecer consecuentemente para envejecer y morir, ni ser fieles a ningún sistema (por nada del mundo me apetecería dar la impresión de adoctrinamiento moralista).

El artículo de Enzensberger es inteligente y original, pero conduce a un caos mayor que el existente. Llevado el tema a la idea de progreso, el desarrollo de la humanidad desde la lamparilla de aceite a los cerebros electrónicos, desde la ameba al atleta con siete medallas de oro olímpicas, es consecuente con la necesidad de la condición referida al logro y la mejora, y las inconsecuencias no serían más que los accidentes eventuales que han retrasado tales logros, o sea, la guerra, las epidemias, el hambre, la discordia, aunque por otra parte —y este nuevo relativismo mostraría la debilidad del razonamiento de Enzensberger— se podría probar que, pese a su coste en dolor y vidas humanas, también la guerra —según el esquema más optimista, miserable y abstracto histórico— se presenta como un factor de progreso.

El problema de la consecuencia/inconsecuencia no admite atribuciones sistemáticas y unas veces ser consecuente es una barbaridad y otras veces ser consecuente es beneficioso para la dignidad humana, mientras que unas veces ser inconsecuente es beneficioso y otras veces ser inconsecuente es un pecado y una canallada.

El fin de la consecuencia, ¿pero es que la hubo alguna vez? El fin de la inconsecuencia, ¿pero es que la hubo alguna vez? Seamos una cosa y otra a la medida.—EDUARDO TIJERAS (*Maqueda*, 19. 28024 MADRID).

Los medios del traductor traicionado *

La aparición de *La casa del lago de la luna* ha provocado una cadena ininterrumpida y festiva de elogios aristocráticos. Numerosos y renombrados autores, ya procedentes de las filas del neorrealismo de posguerra o del área de la fábula política y mágica en la literatura italiana, se han significado favorablemente respecto a la novela de Francesca Duranti. El fenómeno merece ser considerado con precaución y cuidado. Es preciso recalcar, en principio, que a Duranti no se le han regateado

* *La casa del lago de la luna*, de FRANCESCA DURANTI. Traducción de Juan Moreno. Editorial Seix Barral. Barcelona, noviembre 1984, 204 páginas.

muestras de admiración y que tampoco se le regalaron calificativos exagerados ni eufóricos. No obstante, quizá fuera confundir los términos convertir esta coincidencia llamativa y gratificante, en el punto de arranque de una nueva época de esplendor para las letras italianas o en el germen de una generación novelística.

Si algo debe resaltarse en el trabajo de Francesca Duranti se denomina rigor y sencillez. Ambas cualidades permiten que *La casa del lago de la luna* recupere de hecho la tradición del relato de breves dimensiones para desembocar en una obra narrativa más ambiciosa, que transforma su diseño originario con el curso de la acción y apoyándose en los matices. La hipotética amenaza de la densidad o incluso de la aridez queda, así, despejada mediante una clara conciencia del oficio del escritor, en ocasiones conciencia insultante por el modo en que se corresponde con una ejecución impecable y depurada que respeta los ritmos literarios y vertebrada una estructura férrea de apariencia flexible que aporta relieve a los retratos psicológicos de los personajes. Francesca Duranti subraya una ruta literaria de equilibrio al considerar un episodio habitual en la existencia de un traductor cuyas tareas se hallan estrechamente ligadas a las publicaciones de una editorial. El germanista Fabrizio Garrone recibe una noticia alentadora cuando culminaba una traducción de Fontane: un amigo ha descubierto por casualidad un título inédito, firmado por un autor desconocido, un libro genial que merece toda la atención. La novela rescatada de las tinieblas del olvido constituye un prodigio que no puede ser desaprovechado. Fabrizio, traductor meticuloso, dotado de talento para la creación, aguarda una oportunidad semejante para revelar al público su verdadera valía y se deja seducir por el proyecto...

Su objetivo real no se ciñe, en exclusiva, a un logro profesional o material, sino a la búsqueda de una salida para su indefensión privada ante los conflictos personales que le plantea lo cotidiano. En otro sentido, su conquista le permitirá asentar una reputación que le concede, que le podría conceder, el derecho a internarse con luz propia en un mundo conocido y odiado: el universo de los fabuladores, de la élite intelectual con la que se ve forzado a convivir en el anonimato como un insecto atemorizado y silencioso, en segundo plano, sin aspiraciones ni esperanzas.

Planteados estos límites, Francesca Duranti teje de una forma paciente y sistemática una celada en torno a su protagonista. Fabrizio será atrapado por el enigma de una novela desconocida por los estudiosos, titulada *Das Haus am Mondsee* (*La casa del lago de la luna*), escrita por un literato vienés, Fritz Oberhofer, fallecido a principios de siglo; el libro inmortalizaba una relación sentimental que incurre en todos los tópicos del romanticismo, vivida por el autor en los últimos años de su vida, glorificando las figuras de una dama y de una casa levantada a orillas de un lago austriaco. Los dos símbolos se enriquecían a los ojos de Oberhofer merced a la influencia que, sobre ellos, parecía ejercer la luna.

En ningún momento los pensamientos de Fabrizio Garrone —y, tampoco, el testimonio que de su personaje efectúa la prosa penetrante y escueta de Duranti al detallar con paciencia los vínculos que unen al traductor con la obra que a un tiempo desvela y traiciona— se alejan de la ambición secreta en la que un hombre reprimido y tímido en relación a sus particulares represiones, fundamenta su ilusión de ocupar un puesto digno en una comunidad concreta como la intelectual. Fabrizio Garrone

busca con insistencia un hogar. Y confunde las estampas de sus sueños. Lucha por alcanzar una posición corporativa y su error determina que olvide la realidad.

Cree que tras su indudable consagración logrará, al fin, sentirse cómodo dentro de su piel, inamovible e indiscutible como uno de tantos intelectuales respetados y mimados en las presentaciones editoriales de libros o en el ambiente exquisito de las conferencias y las tesis doctorales.

La realidad, aspecto que a Francesca Duranti le inquieta, representa uno de los principales estímulos de *La casa del lago de la luna*. La realidad está encarnada por una mujer que en su comportamiento corriente aúna algunos de los rasgos más destacados de la vida contemporánea. Libertad de ideas, libertad sexual y una lucha permanente y discreta contra las imposiciones clásicas de la masculinidad conforman el carácter de Fulvia, la simpática llamada de atención a las abstracciones constantes del traductor de quien está enamorada. En Fulvia, por otro lado, descansa el punto de ruptura que señala la vida de Fabrizio *antes* de hallar la novela y *después* de traducirla para el público.

Entre ambos extremos, Mario, dueño y director de la editorial donde confluyen —casi por accidente— dos concepciones vitales encontradas.

Porque al penetrar en la traducción, Fabrizio nos participa una vivencia absoluta e irreflexiva de una atmósfera romántica y espectral, en tanto Fulvia recrea, soportando el miedo a la ausencia, la necesidad de afecto y el temor por su enamorado, una réplica a la invasión del mito que altera todos sus proyectos amorosos.

Manteniendo un desenfado que en ningún pasaje roza el descuido, Duranti significa a sus personajes respecto a una sociedad real. Es Francesca Duranti quien les ofrece la oportunidad de elegir. Y es, en esa circunstancia, donde Fulvia se rebela contra el afán de Fabrizio, contra el afán radical de un traductor que *emplea* interesadamente sus conocimientos para escamotear a los desafíos cotidianos su carencia de resolución individual e íntima. Fabrizio opta por el fantasma de la casa del lago. Quiere reinventarlo, y en la práctica consume ese impulso en la creencia de que en una fantasía que a veces interpreta como reencarnación, hallará su redención de un mundo que le oprime en su insignificancia, en todo el tiempo entregado a una labor ingrata, donde no ha encontrado ninguna recompensa.

Será en el miedo —*El sentimiento más antiguo del hombre*, conforme a la exposición de H. P. Lovecraft—, donde Francesca Duranti haga enfrentarse a sus personajes y donde la novela alcanzará otro valor. Las consideraciones intelectuales han desaparecido por completo. Nos hallamos ante dos posturas que intentan defender, a toda costa, su razón de vida contra las acechanzas de lo desconocido. Es, en ese área, donde apreciamos también que radica en la ignorancia el profundo mal de Fabrizio Garrone. No ha querido *conocer* la vida, se ha dejado vencer por el desánimo y por la fatalidad, por sus dudas efervescentes e inútiles para rehuir los caminos más sencillos y directos que le hubieran afirmado en su condición. Ha omitido su humanidad y el paso hacia su fantasía le ha resultado, contrariamente a su propia previsión, simple en extremo. Ni siquiera advierte lo que ha condenado al realizar esa terrible elección. Fulvia queda marginada. Ella *conoce* su mal. Incluso se diría que lo entiende, que podría esclarecerlo mediante una frase o un gesto